

EL FUTURO

El cristiano debe ser siempre un hombre del futuro. Pero no de un futuro situado en el «más allá», sino un futuro que ha comenzado ya y que está entre las cosas de este mundo.

Vengo de Algeciras, y allí he pronunciado una conferencia sobre «Una Iglesia para el año 2000». Además, he tenido un amplio coloquio con un grupo de sacerdotes acerca del futuro del cristianismo y de la Iglesia.

Y uno de los puntos de discusión fue la manera de entender este porvenir. ¿Sería una Iglesia sencilla, pero amplia y extensa? ¿Sería algo parecido al primitivo cristianismo? ¿No sería más bien una mezcla de gran institución renovada y de pequeños grupos vitales? ¿Sería más bien un conjunto de pequeñas comunidades?

Me basaba yo para contestar —como lo he escrito ya en TRIUNFO— en el precedente de aquellos cristianos primitivos que durante los tres primeros siglos vivieron en pequeñas comunidades, pero insertos en el mundo y en todos los problemas de entonces. Algunos sacerdotes me argumentaban que esto era un «arcaísmo». Pero no es esto lo que yo quería expresar, ni mucho menos.

Soy un hombre no sólo de mi tiempo, sino del porvenir, y por eso creo, totalmente desfasadas cualesquiera experiencias del pasado si se trata de imitarlas servilmente. Y también lo sería la imitación literal de la experiencia de los primitivos cristianos.

Pero igualmente arcaica me parece una Iglesia que intente cargarse sobre los hombros todo el lastre recogido durante diecisiete siglos de «constantinismo», renovándolo en una forma superficial en vez de echar por la borda ese peso muerto y descubrir el núcleo de Evangelio que venía enmascarado por toda esa hojarasca.

Al descubrir este núcleo sencillo y vital —pero no por eso fácil— del Evangelio, creemos que no nos es necesario, sino más bien un estorbo, la complicación organizativa, de carácter administrativo, en que se encuentra envuelta nuestra Iglesia.

El ejemplo de los primeros cristianos es un ejemplo histórico que no podemos imitar ciegamente, puesto que no han pasado en balde cerca de veinte siglos de civilización y de cultura. Lo que tenemos que hacer es ver entre las experiencias de nuestro tiempo aquellas que marcan con su impronta la sociedad del futuro. Y esas marcas son las que necesariamente tendrá que tener el cristianismo si quiere vivir en ese nuevo mundo que se abre.

El profesor Parkinson, entre bromas y veras, ha demostrado que la creciente complicación burocrática lleva a callejones sin salida. Cuando cuenta que en algún ministerio inglés, como el de la Marina, se necesitaba cada vez más personal habiendo menos barcos, daba un ejemplo de lo que nos ocurre con todas las instituciones modernas. Estas instituciones se han hecho grandiosas, e incluso teratológicas, y por eso absorben al hombre con su monstruosidad, lo mismo se llamen Iglesias, que Estados modernos o grandes empresas industriales.

Ya en 1902, Pedro Krupotkin, en su libro —científico, pero profético— titulado «El apoyo mutuo» —recién traducido al castellano por Editorial Zero—, nos descubría los elementos de cooperación espontánea que existen en el trasfondo del hombre en evolución, y cómo las instituciones excesivamente grandes ahogan históricamente este núcleo constructivo humano.

Hoy, la «dinámica de grupos» nos descubre en sociología, organización de empresas y en psicoterapia las ventajas, para la eficacia y normalidad del ser humano, de los pequeños núcleos espontáneos.

«Todavía esto no son nada más que atisbos y quizá comienzos de una nueva época en donde se alie la espontaneidad grupal con la eficacia del conjunto. Pero lo que no tiene duda es que en la Iglesia estos procesos se aprecian como una realidad que invade cualquier tipo de discusión teórica que quisiera renovar la gran institución, sin percatarse en esta otra realidad de base más fundamental: la necesidad de fundamentar toda organización en el pequeño grupo.

«Además, por si esto fuera poco, los teólogos más perspicaces del catolicismo han señalado este mismo hecho sociológico,

que es independiente de nuestros gustos y anhelos particulares. K. Rahner, S. J., dice: «Por todo el mundo y en todas las cosas que se refieren al mundo, el cristianismo está en una situación de *diáspora*... En todos los lugares constituye una minoría numérica, si es que hablamos de un cristianismo verdaderamente vivido, y en ninguna parte juega un papel de liderazgo que le permita dar, de manera fuerte y sensible, la impronta de los ideales cristianos sobre la vida secular. Y se puede decir que estamos, sin ningún género de duda, en un período en el cual este proceso se intensificará todavía más, sean cuales sean las razones que demos del mismo». («Mission et Grace».)

Y el teólogo holandés Schillebeeckx, O. P., afirma: «Los creyentes se encuentran, en la situación actual, cada vez más en estado de *diáspora*». («Revelación y Teología». Ediciones Sígueme.)

Ante esta situación sociológica, que está en marcha, no podemos ni cruzarnos de brazos, escondiendo nuestra cabeza para no ver lo que está ocurriendo, ni tampoco mostrar esa hostilidad bronca que algunos conservadores manifiestan.

No tenemos más remedio que mirar las cosas con perspectiva y comprender que este proceso no es malo, sino que puede ser bueno para el cristianismo. Porque puede y debe tener «un papel de purificación», como dice Schillebeeckx. Y, tras este proceso de purificación, volvería el cristianismo a tener una presencia nueva en el mundo.

Ya no se trataría de buscar la influencia de la gran institución, con su poder, ni tampoco conservar una religión de masas en la que el porcentaje de paganismo es siempre mucho mayor que la parte de cristianismo que haya en ella.

En los países de tradición cristiana lo vemos bien claro en cuanto alcemos nuestra mirada un poco en el tiempo pasado. La mezcla de folklore y de superstición califica a la mayoría de las llamadas actitudes religiosas de la masa, de tal modo que en ella el cristianismo queda totalmente desdibujado por causa de esas prácticas religiosas de corte pagano que fueron toleradas por la Iglesia y pretendidamente absorbidas, cuando en realidad han sido una rémora para la vivencia cristiana auténtica, consistente en el amor, el desprendimiento, la cooperación, la responsabilidad, la libertad y la conciencia.

Esta religión paganizada ha sido la que dio origen a esa frase de crítica sociológica de lo que existía en la mayoría de los creyentes en el siglo pasado, diciendo así —Marx y Lenin— que la religión era el «opio del pueblo».

Yo, como creyente, estoy convencido que el cristianismo no es ningún opio adormecedor de las injusticias humanas, sino un estímulo social para responsabilizarse en la marcha del mundo.

Pero una cosa es el cristianismo y otra los cristianos. Porque los que se llaman cristianos, a fuerza de complacencias y tolerancias con la vertiente pagana del hombre, han dado un bien flaco ejemplo de comprender y vivir la esencia de lo cristiano.

Además —no nos engañemos—, las masas se van, y la única manera de que conserven o desarrollen algo de cristianismo será cuando vean testimonios auténticos de cristianos que viven una exigencia en la vida no de sacrificio ascético, sino de sacrificio por los hombres.

No tengamos añoranzas ingenuas ni pretendamos aceptar esta nueva situación por puro romanticismo arcaico, sino seamos valientes para reconocer en ella una circunstancia propicia a la purificación del cristianismo confuso de los cristianos y una posibilidad de que el cristianismo cale en las conciencias en sus elementos esenciales más que en sus elementos secundarios, como son los ritos, las obligaciones canónicas o las exigencias culturales. Todo esto es bueno —una vez renovado y puesto al día— para quien le descubre un sentido de ayuda a la plena realización humano-cristiana, que es falseador —como lo ha sido en gran parte de la masa de los creyentes— si se pone en primera línea y sin perspectiva evangélica.

MIRET MAGDALENA